

•LAS DOS VIAS PARA LA REUNIFICACION DE ALEMANIA

A los diez años de terminada la Segunda Guerra Mundial, el problema alemán, en su conjunto, es, sin duda, el más importante que tiene planteado Europa. El horror al vacío hizo que los Tres Grandes acordasen en Yalta que la *debellatio* del III Reich fuera resuelta mediante el control directo por cada una de las Tres Potencias (y Francia) de las correspondientes zonas en que se dividió, bastante arbitrariamente, el territorio alemán. Mas, en rigor, la división se hizo entre Oriente y Occidente, con la isla cuatripartita de Berlín. Así se llegó a la existencia de dos Alemanias: la oriental o República Democrática alemana, y la occidental o República Federal alemana, controlada la primera por la Unión Soviética, y orientada decididamente la segunda hacia los Estados Unidos.

Tal división de Alemania no puede ser más artificial, por estar su unidad nacional bien establecida. Pero las circunstancias políticas parecen contrariar persistentemente la reunificación, pues dada la significación de cada una de las dos Alemanias, no parece fácil que las Superpotencias estén dispuestas a renunciar al control de su zona, mayor o menor, ante el peligro de que una Alemania unificada pueda inclinarse hacia uno u otro lado. Mas adviértase que operamos aquí con influencias reales, pues es bien sabido que cada una de las dos Alemanias goza hoy de una teórica soberanía estatal, mucho más acusada en la Alemania de Bonn. Por el Gobierno alemán occidental, bajo la jefatura del canciller Adenauer, se ha unido tan decididamente a la política norteamericana que, aunque sea con carácter en gran medida voluntario, la República Federal se encuentra integrada hoy en el sistema occidental y coordina su política exterior con la que mantienen los Estados Unidos.

A nadie se le oculta que el problema de la reunificación está en el primer plano de las aspiraciones del pueblo alemán en su conjunto. Y para colmar esta aspiración, en las últimas semanas se han presentado dos vías: la soviética, de neutralización de una Alemania reunificada, y

la norteamericana del rearme de la Alemania Federal para, mediante una negociación en "posición de fuerza" con la Unión Soviética, lograr que ésta permita una reunificación con elecciones libres.

I

Desde la muerte de Stalin, la política agresiva de la Unión Soviética parece haber cambiado sustancialmente hacia posturas menos fuertes en sus relaciones exteriores, con tendencia a una cierta conciliación internacional. Naturalmente que esta política flexible lo es, fundamentalmente, en la forma y en la limitación de objetivos inmediatos, no en sus fines últimos, que continúan siendo los mismos.

Además, para seguir con más atención el desarrollo de los acontecimientos en Asia, la U. R. S. S. quiere el mantenimiento del *statu quo* europeo, que le sirva de glacis protector no sólo mediante la amplia zona de Estados satélites, sino en especial mediante la instauración de otra amplia zona desmilitarizada. De aquí que en las últimas semanas, los gobernantes soviéticos hayan tratado de establecer las bases de una extensa zona neutralizada que iría desde el Báltico al Adriático. Este plan soviético de neutralización europea abarcaría no sólo el territorio de las naciones vencidas en la Segunda Guerra Mundial: Austria y Alemania, sino también el de un antiguo Estado satélite emancipado: Yugoslavia, y asimismo el del grupo nórdico: la Suecia neutral y Noruega y Dinamarca ligadas al sistema occidental de la O. T. A. N. Veamos su planteamiento.

El 15 de mayo de 1955 fué firmado en Viena el Tratado de Estado entre la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Austria, en virtud del cual, restablecida Austria en su condición de Estado soberano e independiente, todas las tropas de ocupación serán retiradas de su territorio en el plazo máximo del final del presente año, limitándose su Ejército nacional, tanto en efectivos como en armamento, y, sobre todo, quedando neutralizado su territorio. Tal Tratado de Viena, si bien representa un triunfo occidental, en cuanto que libera a Austria de la ocupación soviética y permite esperar la retirada de las tropas soviéticas de algunos Estados satélites, en verdad creemos que significa más un triunfo soviético, ya que ha logrado la neutralización de Austria, impidiéndole toda posible alianza con los occidentales y dejando cortadas las comunicaciones directas entre las fuerzas occidentales del Me-

diterráneo con las situadas en la Alemania Federal. Prueba de que se trata de un éxito soviético es el que la iniciativa para la conclusión del Tratado de Estado partió de la U. R. S. S., y se pudo llegar a su signatura tras la visita del canciller austríaco, Raab, y el ministro de Asuntos Exteriores, Figl, a Moscú.

Pocos días después, una misión soviética, presidida por Krushev, y de la cual formaba parte Bulganin, visitó a Tito en Belgrado para tratar de "restaurar la cooperación entre la Unión Soviética y Yugoslavia en los campos político, económico y cultural". Aunque se haya opinado que la misión soviética fracasó en el intento de atraerse a Tito a la órbita oriental, creemos más verosímil que la intención moscovita era la de lograr el suficiente acercamiento a Tito, aun a costa de humillaciones evidentes, como para que Yugoslavia se distanciase de Occidente lo bastante para poder adoptar una postura de neutralidad activa, realmente beneficiosa a la Unión Soviética, como lo es también la neutralidad activa de la India de Nehru. Y la Declaración de 2 de junio parece confirmar el logro de este objetivo limitado.

Casi al mismo tiempo que los anteriores acontecimientos, Gromyko se trasladó a Estocolmo, e indudablemente estableció allí contactos con representantes de los países del Norte europeo, para decidirles a que constituyeran un bloque neutral, que supondría, desde luego, la retirada de Dinamarca y Noruega del sistema armado occidental. Tal vez el embajador soviético ofrecería el dejar en libertad a Finlandia para poder unirse a este bloque.

Todavía estas iniciativas soviéticas para crear un espacio neutralizado de Norte a Sur, siguiendo un eje centroeuropeo, aspiraba a completarse mediante un relajamiento de la tensión balcánica, y por ello Krushev, Bulganin y Mikoyan, en su viaje de regreso desde Belgrado a Moscú, visitaron Sofía y Bucarest, dando la consigna a los Gobiernos búlgaro y rumano de que emprendieran una "ofensiva de amistad" hacia Grecia y Turquía.

Mas para completar la faja neutralizada faltaba todavía el punto más importante, y que, en cierta manera, explica los pasos anteriores: la neutralización de Alemania, de una Alemania reunificada.

El 7 de junio, el Gobierno soviético envió al Gobierno de la República Federal alemana una Nota proponiendo la normalización de las relaciones directas diplomáticas, comerciales y culturales entre ambos pueblos, que "contribuiría a la solución de los problemas pendientes

que afectan a Alemania en su totalidad, y contribuiría así al restablecimiento de la unidad de un Estado democrático alemán”, e invitando fueran a Moscú, “en el más próximo futuro”, el canciller Adenauer y otros representantes germanos occidentales “para discutir la cuestión del establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales entre la Unión Soviética y la República Federal alemana y el examen de las cuestiones relacionadas con esto”.

Este ha sido el punto culminante de la campaña de neutralización: ofrecer a Bonn el mismo camino recorrido por Viena. Pero el canciller Adenauer se negó a recorrerlo tan rápidamente como su colega austríaco, indicando que la Nota soviética planteaba “cuestiones diferentes que hacen necesario un examen preliminar”. No se trata de una negativa, sino, más bien que de una evasiva, de una respuesta cautelosamente preparatoria, ya que añadía la respuesta alemana que “debe confiarse en que el examen conduzca a una Conferencia entre el Canciller federal y los estadistas de la Unión Soviética, si es necesario”. De esta manera, Adenauer ganaba, además, tiempo para consultar antes con la Casa Blanca, trasladándose inmediatamente a Wáshington, sin perjuicio de que, efectivamente, a no tan alto y espectacular nivel pudieran establecerse algunos contactos preparatorios entre Bonn y Moscú.

El canciller de la Alemania Federal está ligado indisolublemente a una política rectilínea de alianza con los Estados Unidos y de integración en la O. T. A. N. y en la Unión Europea Occidental. No era posible, por ello, que, sin mayores garantías, aceptara inmediatamente el viaje a Moscú, sin contar, al menos, con la reacción de los Estados Unidos, haciendo servir la Nota soviética para presionar sobre el Gobierno norteamericano para que se decidiera más todavía a ligar su política en Europa a la imperatividad de la reunificación alemana. Un comunicado oficial de 14 de junio, tras las entrevistas de Adenauer con el presidente Eisenhower y el secretario de Estado, Foster Dulles, al propio tiempo que indicó la no aceptación del plan soviético de neutralización alemana a cambio de la reunificación, subrayó el compromiso de los Estados Unidos para “despejar el camino con vistas a una pronta reunificación de Alemania” en la Conferencia de las Cuatro Potencias a celebrar en julio próximo en Ginebra.

Quedó así fracasado, por el momento, todo el plan soviético de neutralización europea, y, por tanto, agotadas las posibilidades inmediatas

de una reunificación alemana con el beneplácito de la Unión Soviética, hasta ver, al menos, si podía forzarse en la Conferencia ginebrina de "alto nivel". Se dió paso, pues, a la segunda vía: el plan norteamericano.

II

Los Estados Unidos vienen sosteniendo una política de cooperación estrecha con la Alemania de Bonn, y viendo en el canciller Adenauer el político occidental más inclinado a las directrices exteriores de la Casa Blanca en Europa. La aceptación del rearme de la Alemania federal es hoy uno de los principios norteamericanos más sostenidos desde que Adenauer se mostró dispuesto a integrar a su país en todo sistema de seguridad europea occidental, bien en la non-nata Comunidad Europea de Defensa, bien en la Unión Europea Occidental y en la O. T. A. N. Y precisamente este rearme ha sido convertido en una base esencial para el logro de la reunificación de Alemania, ya que se cree que la Unión Soviética tendría que convenir en ella precisamente ante la fortaleza de la Alemania occidental.

Sin embargo, esta posición nos parece es más bien un impedimento grave que una situación capaz de favorecer la causa de la reunificación alemana, ya que la Unión Soviética ha recalcado que el rearme se opone a la reunificación, y ello no sólo a efectos dialécticos de presión para impedir fueran rectificadas los Acuerdos de París (maniobra fracasada ya) sino como tesis permanente de su política europea, en cuanto que es claro que el rearme de la Alemania occidental está dirigido esencialmente contra la política soviética.

A pesar de esta clara situación, que presenta como antagónicos el rearme y la reunificación, Adenauer viene confiando en que, aunque tarde algo más en conseguirse, será precisamente lo primero la mejor vía para llegar a lo segundo, mientras que la oposición socialdemócrata en Bonn sostiene la prioridad absoluta de la reunificación, oponiéndose a todo rearme, que se entiende la dificultará extremadamente.

En visión realista, nos parece que la segunda vía para conseguir la reunificación alemana, es una vía muerta. La "posición de fuerza" para negociar se desinfla por sí misma, en cuanto que la fuerza no va a ser empleada, y de ello tienen conciencia unos y otros. Ni las Potencias

occidentales están decididas, ni mucho menos, a resolver violentamente el problema alemán, ni la situación bélica sería una buena solución. Ha pasado ya el tiempo de las guerras mundiales.

La potencia destructiva de las armas termonucleares, no sólo en el espacio, sino en el tiempo, hace hoy casi inconcebible una guerra directa entre las dos superpotencias, pues no es de creer que éstas pudieran emprenderla sólo a base del clásico armamento convencional, por mucho que se haya perfeccionado y aumentado su capacidad de destrucción, siempre limitada. A la postre tendrían que llegar los presuntos contendientes al empleo de sus bombas de hidrógeno, y ello significaría no sólo el fin de la guerra sin vencedor, sino acaso el fin de la humanidad organizada. Conocida esta consecuencia inevitable, hay que descartar toda acción política que en el fondo se base en un enfrentamiento bélico directo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Planteada así la cuestión, nos encontramos que la disyuntiva: rearme o reunificación de Alemania es una verdadera disyuntiva; es decir, es una alternativa entre dos cosas, por una sola de las cuales hay que optar necesariamente. Si hay rearme, no habrá reunificación, salvo que se renuncie a aquél; si hay reunificación, habrá de ser, pues, a costa del rearme. No hay más que examinar cada uno de los dos términos de la disyuntiva para ver por cuál será preferible optar.

El rearme de la Alemania occidental es una política encaminada a coordinar a la República federal con las demás potencias de la O. T. A. N. y de la U. E. O., y establecer así un sistema defensivo occidental que impida o, mejor, dificulte la agresión soviética. Indiscutiblemente, el refuerzo de un Ejército occidental alemán, aun con el limitado número de doce Divisiones que se le ha impuesto, sería importante para el dispositivo de la defensa de la Europa occidental, si se hace el cálculo con arreglo a la alta estrategia clásica, que ha llegado hasta la concepción y práctica de la guerra total. Pero este concepto de la guerra total ha sido rebasado actualmente por la concepción de la guerra global, en la cual no sólo las motivaciones nacionalistas desaparecen o se convierten en afán cosmocrático, sino que presenta sustancialmente la necesidad de poner límites a las armas a emplear sin tener en cuenta su efectividad; es decir, no emplear las armas termonucleares. Pero acabamos de indicar que si se llegara a la guerra entre las dos superpotencias, seguramente, al convertirse en guerra global, habrían de ser uti-

lizadas dichas armas de destrucción global. Por ello, en realidad, la aportación de la Alemania federal no añade nada sustancial a Occidente en caso de guerra global.

En cambio, la reunificación alemana puede ser un factor de alivio de la tensión actual entre Oriente y Occidente, si al propio tiempo su neutralización la mantiene sin incorporarse decididamente a ninguno de los dos mundos en presencia. Naturalmente, ello supone la existencia de un equilibrio vigilante y de un sistema de seguridad capaz de impedir la inmediata alineación de la Alemania reunificada a uno u otro lado, que tal es el temor que abrigan por igual los Estados Unidos y la Unión Soviética. Mas conociendo la realidad alemana actual, una Alemania unida no creemos emprendiera tal aventura. Antes al contrario, estimamos que, prosiguiendo su enorme labor de reconstrucción, no tardaría muchos años en alcanzar, aun neutralizada o limitada en su armamento, un peso propio en la situación europea, que podría ser una aportación importante que, a la postre, más habría de beneficiar a Occidente que a Oriente.

III

Entre las dos vías que indicamos se ofrecían para resolver el problema alemán, nos inclinamos, pues, por la primera, aunque sea bajo la nueva forma de "seguridad colectiva" en Europa, que viene últimamente aireándose, como medio de alcanzar una *detente* europea por encima de las O. T. A. N. occidental y oriental, siempre, claro está, que el mundo occidental no se deje adormecer por una táctica soviética que, desde luego, no ha renunciado en el fondo al logro de sus aspiraciones de dominio mundial por medios no bélicos. Y no es que creamos que sería ésta la mejor solución; pero tal vez tengamos que convenir en que es la única que hoy en día parece posible.

Anunciada está para el próximo 18 de julio la reunión en Ginebra de los jefes de Gobierno y ministros de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia, en la cual habrá de tratarse del problema alemán en lugar preferente. Pero si el análisis que acabamos de realizar es exacto, no hay que esperar que se llegue a conseguir ningún acuerdo concreto entre Oriente y Occidente para resolver el problema alemán. Parece ser que el canciller Adenauer tiene aún

Luis GARCÍA ARIAS

cierta confianza en que el acuerdo para la reunificación de Alemania pueda ser alcanzado siguiendo la segunda vía que hemos indicado; pero acaso él mismo, pese a todos sus escrúpulos, o quien le suceda, más o menos pronto, al frente de la Cancillería de Bonn, se verá obligado a emprender la primera vía, que, como es sabido, tiene escala en Moscú, aunque no única.

Luis GARCÍA ARIAS